

COLEGIOS NACIONALES

PREPARACIÓN DE LOS ALUMNOS

Un informe producido por el Inspector General de Enseñanza Secundaria, señor FITZ SIMON, vuelve á la orden del día un asunto debatido otras veces y otras veces tratado con lenitivos que no produjeron la anhelada modificación. Recuerdo que el 97, el señor PIZZURNO, en artículos y conferencias, llegaba en el calor del discurso, hasta la increpación. En 1893, los inspectores *ad hoc* FITZ SIMON y PAUNERO, señalaban idénticos males; en 1904 habló fuerte como nunca, el Congreso de Profesores. El doctor CANÉ publicó varios artículos en *La Nación*; las cosas, al parecer, no han variado. Al escribir acerca del mismo tema no nos guían propósitos de crítica ni de justificación. Pero deseamos que se medite acerca de la complejidad de las causas, la relatividad de los males, la deficiencia de las indagaciones, la escasez de datos y su poco de alucinación hija del sentimentalismo con que se aprecian cosas donde la impresión, vaga siempre, es peligrosa. Todos tienen razón, todos culpa; es injusto crucificar.

¿*Eran antes los alumnos mejor preparados que hoy?*—Se afirma que sí. No obstante, ninguna suposición más inmotivada. Carecemos de estadísticas. Ni siquiera exámenes escritos del 75, 80, 90 que pudieran confrontarse con los de hoy. ¿Sabemos qué tanto por ciento de positivos, qué tiempo de reacción una determinada suma presentaba treinta años atrás y presenta hoy, hecha por alumnos de 1^{er} año? ¿Hay un problema típico resuelto entonces y resuelto hoy que nos permita comparar las operaciones y el razonamiento? Juzgamos por impresión. Y las impresiones como elemento de juicio, si no perturban, ya dijimos, son vagas.

Desde luego es un fenómeno psíquico que con abundancia de datos constata el profesor SENET: consideramos el pasado mejor que el presente.

Víctimas de un miraje explicable, nuestro juicio se desorienta. Si la enseñanza retrocede ¿cómo explicaríamos este aumento en cantidad y calidad de la producción impresa de nuestro país; esa venta extraordinaria de obras científicas hecha por los libreros de Buenos Aires de cuatro años á esta parte? En 1903, Nicolás Marana vendía por 80.000 pesos; en 1905 por 140.000. En la misma proporción, Espiasse, Joly, Galli, Cabaut sin contar las italianas cuyas ventas asumieron notables proporciones los últimos dos años.

El mal es común.—A todas las épocas y á todas las naciones. Sentamos premisas erróneas, partimos de bases falsas, atribuimos responsabilidades sin analizar hechos y causas. En efecto, los alumnos deben saber

tanto y no lo saben. ¿Por qué? Francia, la única nación y la única vez, que sepamos, se haya formalizado una investigación, por otra parte larga y costosa, arriba en la reciente *enquête*, á conclusiones desalentadoras. Véase *Psychologie de l'Education* de GUSTAVO LE BON 1905, instrucción universitaria, bachillerato y enseñanza profesional.

En 1901 G. B. CURAMI publicaba un libro cuyo título nos exime de comentarios: *Il fallimento della odierna scuola elementare e secondaria e la necessità di un nuovo piano di educazione sociale*; hoy, ALFREDO PIAZZI en *Questioni urgenti della Scuola Media* repite las mismas cosas. *La Revue Universitaire* de Marzo, comenta el fracaso de las facultades de medicina en Francia á pesar de un cuadro nunca superado de notabilidades.

Supongo que Inglaterra, donde actualmente se reforma, y Alemania, deben tener voceros de la misma índole. Norte América tiene 30, 40, 100 escuelas modelos; sus habitantes llegan á 80 millones! Pero también las «tiene malas en abundancia» en el supuesto de que podemos hablar así; lo que sucede en nuestra República. Hay posibles ventajas á nuestro favor, del punto de vista relativo. ¿No habrá, repetimos, en males percibidos conjeturalmente, su poco de miraje?

El fenómeno, sin duda, obedece á causas no fáciles de conocer como generalmente se presume. Transmitimos como 10 y el curso retiene como 3. Acaso sea lo lógico y justifique las repeticiones. Acaso los factores de fijación no actúan en la forma que didácticamente conviene.

¿Se puede hacer más? Mientras no se alcance á 10 se puede hacer más. Los métodos cambian, los catedráticos mejoran, los elementos aumentan. Se puede hacer más.

Las inculpaciones.—El señor Ministro de Instrucción Pública doctor FEDERICO PINEDO y el Inspector General señor FITZ SIMON, con recomendable prudencia, dicen en nota y carta:

«Al señor presidente del consejo nacional de educación: Al comprobar la inspección general de este ministerio el grado de preparación con que los estudiantes de primer año han ingresado á los colegios nacionales, encuentra las deficiencias que expresa en la nota adjunta, las que han sido explicadas en la publicación que también se acompaña, de la inspección general de ese consejo nacional de educación primaria.

«El Ministerio ha dispuesto que la inspección comprenda en su examen, el estado de la enseñanza secundaria de primer año que se imparte en los colegios particulares incorporados á los nacionales de conformidad con el decreto de fecha 31 de Marzo, para dictar medidas de conjunto que comprendan á todos los institutos; pero siendo la proporción de los alumnos que llegan á la enseñanza secundaria, alrededor del uno por ciento de los que reciben instrucción primaria, se hace indispensable estudiar la situación á que se refieren los inspectores en los documentos de referencia.

«No cree el Ministerio que los alumnos que han concurrido diariamente á las clases de las escuelas, durante seis años, se encuentren en un estado de ignorancia tan absoluta como parecería deducirse de su falta comprobada de conocimientos rudimentarios, ni cree que la carencia de esos conocimientos deba atribuirse á falta de preparación de las maestras normales las que han conseguido sus diplomas después de estudios continuados y sistemáticos con buenos maestros y en un medio escolar adecuado.

«El hecho es, sin embargo, digno de esclarecimiento, con el fin exclusivo de adoptar el remedio que ese mal exija, y en tal sentido propongo al Consejo que los inspectores de enseñanza primaria y secundaria, de común acuerdo, estudien minuciosamente las causas que lo han producido y el mejor medio de subsanar las deficiencias». — FEDERICO PINEDO.

Buenos Aires, Junio 6 de 1906.

Al señor don Pablo A. Pizzurno.

Mi estimado amigo:

Acabo de leer en *La Nación* la carta abierta que Vd. se ha servido dirigirme. Es muy interesante, y corrobora todo cuanto he afirmado en el informe que, sobre el resultado de las pruebas escritas tomadas en los colegios nacionales, elevé al señor Ministro de Instrucción Pública con fecha 28 de Mayo del corriente año.

Usted reconoce, con una franqueza que le honra, que en la capital de la República la educación primaria es muy deficiente. En esto estoy de acuerdo con Vd.; pero Vd. atribuye á los maestros «solamente» esta «instrucción superficial é insuficiente, inclusive en los ramos más fundamentales» y esta «cultura mental y educación moral y física muy imperfectas». En esto no estamos de acuerdo. Los maestros tendrán una pequeña parte de la culpa de las notables deficiencias que Vd. reconoce; pero, en mi opinión, la mayor parte de ella corresponde á la orientación superior de la enseñanza primaria.

Como Vd. lo dice, tengo en mi poder los nuevos programas para los departamentos de aplicación y para las escuelas graduadas de enseñanza primaria, redactados por Vd. Creo que esos programas son excelentes, muy superiores á los vigentes, y así lo he manifestado al señor Ministro de Instrucción Pública. Pero, como lo dice muy bien, «no es con decretos, programas y reglamentos que se hace enseñanza racional y práctica». Algo más falta, como Vd. profesor competente é ilustrado, ha de comprender perfectamente bien.

Al agradecer su atenta carta, me suscribo de Vd. affmo. amigo.

SANTIAGO H. FITZ SIMON.

En efecto, es preciso investigar detenidamente y sin temores, no con el propósito de hacer cargos sino con el más levantado de corregir. Todos los elementos de este problema representan una determinada suma de energías útiles y un índice de acción negativa. La reflexión y el análisis nos conducirían á calcular exactamente el valor de los factores. Pero acumulemos hechos, estudiemos la realidad; se sufre porque no se inquiere.

El círculo vicioso. — Sin embargo, no todos los destinados á resolver problema tan complejo, son prudentes. La Universidad culpa al Colegio; el Colegio á la Escuela Primaria; la Escuela Primaria, se divide en seis grados. El profesor de 6º Grado se queja del de 5º, el de 5º del de 4º, el de 4º del de 3º, etc. De modo que según esta lógica de contragolpe burda, pero muy cómoda, el culpable de los defectos de que adolece la enseñanza elemental, secundaria y superior, es el maestro que dirige el primer grado.

O bien, por un camino no menos acomodaticio que el anterior, el pueblo acusa al gobierno; el gobierno á los consejos; los consejos á las escuelas normales; las escuelas normales á los catedráticos; los catedráticos, maestros y directores á las autoridades. Las autoridades á los subordinados; pero, no asoman los nombres propios; nunca aparece el

concreto. Se teme, por tanto se divaga ó las invectivas sacrifican entidades abstractas ó políticas; del punto de vista público. Del punto de vista privado, las cosas pasan de otra manera. En el salón ministerial y en el de la maestra; en la rectoría, en la calle, en el corrillo, donde quiera, la conversación deja de ser medida para ser amistosa y familiar; se comentan las verdades con una crudeza quizá inocua, pero que pasma. Interroguemos, recojamos sus respuestas y reaccione nuestra manera de pensar.

El maestro de grado.—Hay que distinguir al de escuelas particulares y al de escuelas públicas. Aquél, por lo común, no tiene diploma, gana cincuenta pesos, es un ignorante, no estudia y señala en los textos las lecciones que no ilustra, no explica y toma de memoria. El propósito que guía á una escuela particular no es el de instruir por instruir; sino el de pegar con alfileres cierta suma de respuestas para trasponer el umbral del Colegio. Es una exigencia de los padres. La casa es de negocio y trata de conservar su clientela. Hará uso y abuso de rastrearías y engaños para introducir el niño á la menor edad posible. La calificación en grados no existe; es completamente ajena á la cuestión ciclos; se prepara para el examen de ingreso. ¿Qué tanto por ciento de alumnos proporcionan al primer año? No lo sabemos. Pero á la inspección es fácil averiguarlo; una cantidad más que suficiente para constituir un curso heterogéneo donde toda orientación resulte imposible. Reconozcamos, no obstante, escuelas privadas donde se da enseñanza con criterio honrado y no se economizan esfuerzos para educar é instruir dentro del espíritu moderno. Este, el de la escuela del estado, es maestro ó profesor normal. La preparación técnica suficiente; pero en todos los casos, no la didáctica. Suele emplear tres lecciones para transmitir conocimientos que no exigen sino una; suele no ilustrar; se entrega fácilmente á la divagación, disipa el tiempo en nimiedades disciplinarias; se ajusta á la letra de un programa; infantiliza la enseñanza; el grado para él no tiene atractivos, aspira á catedrático, es un amorfo, y la pereza lo dobla. ¿Todos? No. ¿Cuántos? lo ignoramos. La investigación no presenta dificultades. Aquí, la acción del elemento directivo. La crítica inteligente y sana de quien la da, digerida por quien la recibe, corregirá el mal en parte. Hay maestros inteligentes, preparados y trabajadores cuyo amor propio les impide abdicar de sus relevantes condiciones de característicos. Pero los más, mecanizan, se sujetan á un patrón y cumplen su tarea felices. mientras no haya quien al sacudirlos, trate de romper la rutina.

La maestra, en manos de quien está hoy la enseñanza primaria, carece, por lo común, de aspiraciones intelectuales. No compra libros, no lee, no estudia, no se perfecciona, por evolución mental reversiva se infantiliza; tiende á cualquier psicopatía. Un reducido número escapa. ¿Cuánto por ciento? De ahí un malestar profundo en su organismo, una apatía sistemática á la escuela; y sin entusiasmo, sin alma, sin gusto no se fijan ideas. Por eso HERBART hacía de la afectividad el eje de su pedagogía. Pasar el tiempo, concluir de una vez la lección, estar en casa... Pero esa maestra con 120 ó 150 \$ de sueldo ¿puede formar biblioteca, puede leer, dedicando 9 horas al grado y 3 á la calle? Antes, 15, 20, 30 años atrás, las cosas no pasaban de otra manera. Sin embargo, las familias, menos embriagadas por la vanidad, atendían á sus hijos y era para el maestro, más llevadero el peso didáctico porque había quien lo considerara, un padre que solía agradecer.

El maestro de grado da, por lo menos, cuatro horas de lección al día, 24

semanales y gana 90, 120 ó 150 pesos al mes. ¿Debe, con este sueldo y las 24 horas, comprar libros, estudiar, escribir, hacer bosquejos, meditar las 8 lecciones del día siguiente, medir el tiempo, dedicar 24 á la preparación, perfeccionarse, elevarse, luchar? Hacerlo es una abnegación que, sin duda, el país no recompensa. A todo esto se agrega la distancia. El maestro trata á los de su casa, de noche y los domingos. Hay más, dirige, á menudo, grados de 50, 60, 70 niños ¡cifras inconcebibles! mal iluminados, lejos del pizarrón, con horarios continuos, atmósfera mefítica; y se añade el carácter irascible de adolescentes sin cultura, desatentos, imbeciloides, ó sencillamente acanallados por taras hereditarias ó acción doméstica.

Es, el maestro de instrucción primaria, un titán que lucha contra todos los vientos, contra todas las mareas. Es el primer roturador á quien toca, además, la dura faena de cernir. A la República hecha de pueblos tan diversos, converjen todas las razas. No obstante, el 6º Grado entrega, por lo general, alumnos capaces de emprender con éxito, el estudio de los colegios nacionales. ¿Cuántos alumnos ingresan á 1º año con el ciclo primario completo? Donde la dirección es inteligente y orienta los esfuerzos del maestro, los alumnos cursan con éxito en un año, hasta el 2º.

Los hay ensoberbecidos; el título sirve de escudo y resisten las indicaciones vengan del libro ó del maestro experimentado. Se critica todo sano esfuerzo y se contiene solapadamente, á todo avance que signifique concluir con la rutina y renovar métodos. No formalizan la atención, no comprenden, no analizan; la guerra es sistemática. La ley conservadora de la inercia ofrece estos síntomas.

La escuela primaria.— El ciclo primario, por lo menos, comprende seis grados. En algunos estados alemanes y americanos, ocho; el alumno ingresa á los 7 años y sale á los 14. El proceso educativo dura 7 años. ¿Cuántos jóvenes se matriculan á la edad antes indicada con ciclo primario completo? La investigación es fácil. Se puede, empero, asegurar que no suman el 20 %. El 3º y 4º grado proveen, mediante el célebre *examen de ingreso*, de alumnos al primer curso del segundo ciclo. O se da enseñanza de 5º grado para la que carecen de aptitudes los catedráticos; ó se transmiten conocimientos inasimilables.

Es imposible exigir al cerebro, esfuerzos para los que carecen de preparación. ¿Por qué, pues, debe ser culpable la escuela primaria si le son arrebatados los niños antes que ella cumpla la misión de educarlos? A fin de combatir el analfabetismo se han instituido los horarios alternos. En nombre de excesos que ninguna estadística comprueba, se multiplican los recreos. Consecuencias de las dos medidas, reducción á 3 las horas de clase y hasta 12 minutos el tiempo de una lección. El éxito de la enseñanza primaria es el constante repaso de forma variada y á dosis pequeñas. Ninguna aptitud es educable ni grupo de conocimientos es transmisible, sin el trabajo escolar cotidiano dirigido por el preceptor. So pretexto de combatir el analfabetismo, llegamos á otro al del individuo sin lógica (sin saber ni preparación) para orientar sus actos. Necesitamos conciencia, bien lo dijo el DR. GONZÁLEZ en uno de sus discursos; y la conciencia exige tiempo y método.

Las investigaciones.— No somos optimistas; pero tampoco pesimistas. Hay defectos y hay deficiencias comunes á todas las épocas, provenientes de tantas causas que circunscribir las responsabilidades, es poco menos que imposible, si es que males que surgen de un ambiente complejizado por cosas íntimamente relacionadas entre sí, tienen responsable. De vez en cuando los hechos impresionan fuertemente á los ojos que no duermen.

Entonces se averigua. Las informaciones en su concretismo, son reveladoras de enfermedades que exigen contracción, estudio y mucho dinero para curarlas.

Así, la enquête, 1901, del quinto distrito escolar presidido por el DR. ZEBALLOS, publicado en *La Prensa* del 18 de Junio, después de comunicar á los maestros las cuestiones que á su juicio merecían ser examinadas y convocarlos á una reunión en que se les invitaba á exponer, libremente, sus opiniones y consejos acerca de ¿por qué leen mal los niños que salen de las escuelas argentinas? ¿Por qué escriben mal los niños que salen de las escuelas públicas? «Forma y deficiencias de la enseñanza de la Aritmética en las escuelas comunes. Condición de la misma en el distrito», dió estos por qué:

- 1º El plan de enseñanza dedica poco tiempo á la lectura.
- 2º Los programas son demasiado recargados y otras materias absorben la mayor parte del tiempo.
- 3º Los maestros mismos no saben leer, por regla general.
- 4º Las diferentes aptitudes de los alumnos, impiden que se enseñe á leer á todos en el mismo tiempo breve del trabajo común de la clase.
- 5º Las clases son excesivamente numerosas y no es posible sacar todas las ventajas deseables de la acción del maestro.
- 6º Faltan buenos textos progresivos de lectura.
- 7º Debe darse á los maestros la facultad de elegir los textos según las necesidades inmediatas de sus alumnos.
- 8º El plan y los métodos de enseñanza no atribuyen la suficiente importancia á la redacción y á la lectura de lo redactado por los mismos alumnos.
- 9º En nuestro país se habla mal la lengua castellana; y este defecto es común á los maestros, á la sociedad, á los padres y á los niños.
10. Se lee con voz forzada en algunas escuelas, viciando al niño.
11. La administración escolar no ha dedicado la suficiente atención al ramo de la lectura.
12. No hay uniformidad en los métodos seguidos en las escuelas.

Las causas y remedios inmediatos por lo que toca á los defectos en la enseñanza de la escritura, fueron votados en las 8 conclusiones siguientes:

- 1º Conviene uniformar la letra en las clases de escritura de toda la República.
- 2º La caligrafía escolar debe limitarse á obtener un tipo regular y uniforme comprendiendo diversos caracteres. La caligrafía artística propiamente dicha, requiere aptitudes especiales en los alumnos y no es función de la escuela primaria sino del desarrollo ulterior de la educación individual ó de escuelas especiales de la asignatura.
- 3º Debe enseñarse al niño á trazar las letras con corrección y propiedad desde que comienza á ejercitarse en la escritura. La prolijidad de los maestros es especialmente necesaria en este punto.
- 4º Debe dedicarse más tiempo á la enseñanza de la escritura que el permitido actualmente por el programa oficial.
- 5º La acción de los maestros no es suficientemente eficaz á causa del crecido número de niños de cada clase.
- 6º Los materiales de escritura, papel, tinta y plumas suministrados privada ú oficialmente, son de pésima calidad y obstan á una buena enseñanza. La distribución de algunos de ellos, se hace en forma inconveniente.
- 7º Los asientos y bancos de numerosas clases tienen defectos de cons-

trucción que no permiten á los niños conservar la posición regular y cómoda necesaria para escribir bien.

8º Conviene dotar al distrito de un profesor especial de caligrafía, que dirija el perfeccionamiento de la escritura en las escuelas, á las horas ordinarias de las clases del ramo.

Lógico es suponerlo, era imposible demoler una montaña sin elementos excepcionales, por ejemplo, dinero. Las cosas, como antes, continuaron su proceso natural.

Pero es mucho saber á qué atenernos. Falta, no obstante, algo, la prueba. Tal letra de 5º grado, susceptible de ser mejor, ¿no será la que corresponde al curso? ¿No es la de los 5º grados de todo el mundo y de todos los tiempos? ¿Quién, sin documentos osaría una afirmación? Atenernos á la eterna vaguedad de los recuerdos es extraviar nuestro juicio.

Los catedráticos.—Hay catedráticos que dominan su materia y saben enseñarla; hay catedráticos que dominan la materia y no saben enseñarla; hay catedráticos que no dominan la materia ni saben enseñarla; hay catedráticos que podrían conocer la materia y podrían enseñarla, pero que no trabajan. De los dos mil y tantos encargados de la enseñanza secundaria, normal y especial ¿cuántos corresponden á cada categoría? Lo ignoramos. Pero hay datos como estos:

Profesores que enseñan Geometría, Álgebra, Zoología, sin haberlas estudiado jamás.

Profesores, discípulos de aquéllos, que enseñan las mismas asignaturas.

Profesores que se preparan á la par de sus alumnos, en el texto oficial.

Profesores que comienzan á dictar sus cursos en Mayo ó Junio.

Profesores que señalan lección, examinan siempre y nunca explican.

Profesores que no conocen el dibujo, ni las ilustraciones para usarlas.

Profesores que en el momento de ser nombrados catedráticos de Geografía ignoran los límites de la República.

Profesores que se ocupan de acumular sueldos y cátedras. Y que la fatiga de muchas ocupaciones impide dos ó tres horas de estudio reposado que exige toda lección antes de darse.

Profesores que faltan hasta donde el reglamento se lo permite y entran al curso, cinco, diez ó quince minutos después del toque de campana.

Profesores sin entusiasmo por el trabajo, apáticos en cuyos ojos se nota el deseo de que la hora termine y los días feriados se multipliquen.

Profesores que no compran jamás un libro, no consultan una revista, no están al día de lo que en su materia pasa; por el contrario, la rutina los infantiliza y disculpan su injustificable regresión por aquello de que los *muchachos no necesitan saber tanto*.

Profesores que no saben hablar, que explican en un lenguaje imposible, fríos, mal humorados, dispuestos á cualquier incidente para que la hora pase.

Profesores que no fijan los conocimientos; que no estudian á los alumnos, que ignoran hasta los nombres, que no se cercioran de lo que aprenden. Que simpatizan, que odian, que maltratan.

Profesores que explican sus fracasos culpando á todos menos á sí mismos.

Profesores que sin nociones de la propia responsabilidad, no se convencen de que el alumno asiste para aprender y no para ser examinado.

Profesores que ignorando el método, emplean una semana para transmitir lo que solo exige media hora; que disipan candorosamente el tiempo en cuestiones fútiles; que no dan deberes ni se preocupan de la capacidad de sus educandos para el trabajo.

Profesores cuya edad, á menudo el carácter jocoso ó adusto, los incapacita para mantener la disciplina de sus alumnos y dictan sus lecciones sin aquella entereza imposible de exigir, tan celebrada por HERBART.

Ahora bien ¿cuántos profesores de esta índole dictan cátedras? Lo ignoramos. Pero los hay.

El exceso de trabajo y el reducido sueldo, aquí, no caben como excusa. Cinco ó seis horas semanales y 180 pesos son de una perspectiva halagadora para quien pretendiere dedicarse á catedrático tan solamente.

Los nombramientos.—¿Cómo ha penetrado el mal elemento en los Colegios y Escuelas Normales? La influencia, la recomendación, la tarjeta... la política. Los ministros, no obstante sus buenas intenciones, ó se someten ó renuncian. Un ministro, investido al parecer de omnímodos poderes, es quien menos poder ejerce, supeditado por el amigo.

Contiene la ola hasta donde es posible, nada más. De no, la mala voluntad del Sr. A, los desagradados del Sr. B, exponen á una caída. Y al Sr. N. se le elige diputado con la obligación tácita de ejercer el papel de recomendador hasta para becas porque si no sus electores desertan del partido. He aquí, pues, como el pueblo y sus vicios trastornan una institución de la que ese mismo pueblo es el primero en quejarse. Y no son ajenas, gracias á un poco de vanidad explicable, á estos corretajes, las señoras de ciertos personajes explotados por ciertos sujetos, con una astucia india y un refinamiento parisiense.

¿Qué clase de elemento acude á la recomendación? Por lo general, el descalificado. Sabe que no tiene méritos; luego se lanza á las probabilidades por el camino que queda, desplegando las alas que exigen las elevaciones difíciles. De estas osadías carece, comúnmente, la persona fiada en sus aptitudes. A los puestos, de esta manera, no llegan los más capaces. No obstante, nuestros gobiernos, preciso es reconocerlo, jamás han relegado al olvido personas de verdadero mérito.

El rector y los directores.—Las consecuencias son desmoralizadoras, enervantes. Un elemento malo. Un elemento á quien hay que corregir. Un elemento que se sabe deficiente. Un rector ó director que, suponiéndose capaz y enérgico, ha perdido la autoridad que en estos casos hace falta para enderezar. Un rector ó director que necesita distraer una enorme suma de energía hacia un elemento que debiera ser apto. ¿Quién tiene derecho de exigirle á ser llevamos de profesores deficientes; á ser vigilante de un condenado por su incapacidad; á usar de paciencia, atenciones, delicadezas y humildades; á dejar cada día la escuela amargado, disgustado, deprimido, con la cuchilla de la responsabilidad al cuello y el grito de la impotencia en la garganta?

El rector no es rector. Si asume la autoridad de tal y cumple sus obligaciones, tendrá enemigos. Esos catedráticos descalificados, lo calumniarán, lo intrigarán... conocen el poder de las aguas bajas para domar al carácter y contener las altiveces de la rectitud.

Por último, provocan un incidente. Un sumario que no remedia nada pero que desmoraliza una institución. El individuo contra la colectividad, los intereses particulares contra los generales.

Si no asume el mando que corresponde á un jefe, los males se estratifican tranquilamente en cauces tan profundos que con el tiempo constituyen época. Y ni los cataclismos destruyen las épocas. Contemporizando de esta manera, dando al conjunto un aspecto de corrección, los directores resultan distinguidísimas personas, delicadas y celosas que desempeñan su cargo á maravilla. Nadie los intriga.

Hay directores y rectores que mediante el esfuerzo que las circunstan-

cias permiten, pudieran corregir procedimientos, enseñanza, preparación, voluntad. Pero limitados á su papel de oficinistas, se muestran ajenos á la labor didáctica, lo único trascendental de la enseñanza.

Dirigir hoy un establecimiento con el empeño que la responsabilidad exige, es una tarea molesta, ardua y llena de sufrimientos morales. Se comprende que no todos estén dispuestos á encanecer prematuramente, más cuando se brega en una maraña de ineptos ó idiosos obligado uno á trabajar con ellos, pero no por ellos á responsabilizarse. ¡Si cada rector pudiera confesarse!

El inspector.—Es una autoridad inhibida por las mismas causas que inhiben á un rector. Su función más importante es la de sumariar.

Por otra parte, su tarea nunca excedería en eficacia, á la de un director responsable de la escuela que dirige. Si para transmitir á cada colegio las luces de su especialidad, el tiempo es escaso, para reformar al deficiente lo es más aun; por otra parte, rara vez procede á una investigación prolija de los procedimientos de una enseñanza ni podría hacerlo por cuanto no bastan meses para llegar á conclusiones precisas. Suele reflejar las opiniones del rector y en tratándose de la eliminación de malos elementos, la aconseja, pero sin otras consecuencias que las de exponer su propia estabilidad si toca á uno de esos descalificados que apoyan un pie en la política. Hay en el orden primario, inspectores que ocupándose con interés de sus cargos, estimulan, distinguen, animan, incitan, ayudan al maestro, y hay inspectores que allí donde cuaja un entusiasmo, apunta una iniciativa ó se empeña un trabajo saludable, aplastan, aniquilan, matan. «No tenéis porque hacer eso». «El reglamento no os lo autoriza». «El programa no lo indica». «No perdáis el tiempo en enseñar tales cosas».

Y el maestro obedece. Tan fácil es someterse á insinuaciones de esta naturaleza!

Procedimientos.—De cuantos enseñan, el maestro de grado es, sin duda, quien hoy más trabaja y menos gana. Emplea, bueno ó malo, un método. No sucede lo mismo en la instrucción secundaria. Por lo común, el profesor *toma la lección*. El libro enseña al alumno. Inútil decir que sistema tan cómodo para el catedrático que no prepara ó que no sabe y que prefiere dedicar sus horas al club y no al estudio, hace de la enseñanza un páramo donde muere toda clase de afectividades, esas, destinadas á exaltar el cerebro, á cultivar la vía y á fijar en ella los conocimientos. A veces, es un discurso brillante del que poco queda en mentes excitadas por una novedad, ó es una exposición incoherente, de la que difícil es seguir el hilo por cuanto la idea, núcleo mal señalado, se pierde en un sin número de ideas secundarias ó vagas, cuya relación solo un poder crítico de mucho radio establecería. Sin embargo, hay catedráticos que distribuyen el tiempo de la lección; que esquematizan su enseñanza; la ilustran, la exponen, la ejemplifican, graban el conocimiento, entusiasman al alumno, convencen, educan, instruyen. ¿Cuántos?

El método. Es el quid del problema. Esta caja es la de las sorpresas. Se transmite en tres lecciones lo que puede transmitirse en una. Pocos preparan un bosquejo, muchos ni siquiera la asignatura en temas. Lo más elemental se olvida ó no se hace. Hay una despreocupación didáctica que pasma, en unos porque ignoran, en otros porque no trabajan.

Los 15 minutos.—Obedeciendo á no sabemos que sutilezas analíticas, se ha llegado á discutir la lección por minutos. Esta práctica es norteamericana y los argentinos nos hemos adaptado. Unos quieren 12, otros 15, otros 20. Afirmamos, sin pretender por el momento demostrarlo, que no es posible una lección en menos de 30 minutos, la que, sin que aspire á

la categoría de ideal, puede mantener, si se la desarrolla pedagógicamente, la atención del grado. Hemos visto. Dos minutos para entrar; dos para amonestar; dos ó más para distribuir ó recoger cuadernos, lápices, etc. El resto para principio, medio y fin. La buena lección no fatiga. Fatiga una lección que no se ha preparado; que se comienza mal; que no distingue ejercicios; que no sistematiza; que no desarrolla; que interroga sin propósito preconcebido; que no tiene fin; una lección llena de defectos.

Los padres.—Son elementos, á menudo, esterilizadores. Resplandece en ellos una visión única, la del título á la menor edad posible. Juzgan al maestro por las clasificaciones de su hijo. Juzgan á la escuela por los certificados de promoción. El padre quiere que su hijo pase. No importa que sepa ó no; su sueño es de que á los 10 curse el primer año del Colegio. Es lo que exige de un director; lo busca hasta encontrarlo. Por eso los alumnos, después de cursar el 3º ó 4º, emigran de las escuelas públicas é ingresan á particulares poco escrupulosas para economizar uno ó dos años.

Las particulares pegan *conocimientos para el examen*, un examen oral, molesto, fatigoso. La mesa, agriada por causas tan conocidas como el excesivo trabajo y el calor, en dos minutos, á veces menos, despacha una recitación, califica, juzga las aptitudes de un sujeto nunca visto y excusado á veces, por la emoción. El padre ignora lo que es educar y qué significa instruir. Por una exposición de memoria juzga brillantes las aptitudes de su hijo y admirables las condiciones del maestro. Leer, escribir y contar son los tres ángulos de su programa. La formación del criterio es cosa poco visible para que tenga significado en la cultura mental del vástago. De ahí la guerra á la educación de los sentidos; al estudio de las Ciencias Naturales, de la Historia, de la Aritmética más allá de las operaciones, en fin, de todo eso destinado á levantar el andamiaje de la razón.

El estímulo.—El profesor ó maestro que trabaja, es empeñoso y se interesa por la suerte de sus educandos, *cumple con su deber*. De consiguiente no llega á sus manos, de las autoridades, una nota en la que, reconociendo el mérito, se dignifique una actividad que no es común.

El holgazán y el laborioso, el inepto y el inteligente, se confunden, y en el momento de los ascensos sólo dos fuerzas trabajan: la influencia ó los años de servicio.

¡Los años de servicio!

Hay preceptores y catedráticos cuyo paso por la escuela, asola. Pero con todo, gracias al espíritu benigno y contemporizador de nuestras autoridades, de nuestra prensa y nuestro pueblo, la energía suficiente para eliminarlos, falta. Pasan de esta manera los años y se adquieren derechos de primacía para los puestos. Y en quien ha embrutecido durante cuatro ó cinco lustros, la vanidad de las canas da derechos inalienables á los mejores puestos.

Pero el que trabaja, tiene perspectivas de tonos oscuros, las de la lucha contra la envidia, envidia, por supuesto, que el combate por la vida legaliza. En efecto, sin otros méritos que el de haber encanecido, se teme la supeditación por capacidad. Entonces se desprestigia, se aplasta, se nivela. Se crece rebajando: como en el drama de Goethe: el abismo traga á Mefisto. Contra la acción de tales fuerzas queda el carácter. Pero no todos son capaces de la proeza de Palissy.

Así se explica, en parte, esa postración moral del magisterio argentino; si por el contrario se cometan faltas, sean insignificantes sus consecuencias, caen como buitres sobre el culpable desde la colega á la autoridad. De aquí ese exceso de reglamentación que justificaría esta pregunta ¿Qué crímenes cometen los que enseñan? La libertad de acción

restringida hasta en los detalles, ha asesinado ese pundonor de la personalidad, que eleva, responsabiliza, estimula. Es un castigo despiadado á un gremio que por sus funciones debe ocupar otro punto en el concepto común. No puede dignificar quien no es dignificado. Pero esa reglamentación es necesaria. Hay elementos introducidos por la tarjeta, que la necesitan. Un mecanismo alterado altera la regularidad de otros mecanismos.

Enseñanza sin alma. — Es la frase... y desgraciadamente una psicopatía que morfiniza la juventud, porque la juventud toma el alma del maestro, sigue sus entusiasmos y sigue sus abatimientos, sus arrogancias y sus tristezas. Ese aspecto de hastío que ofrece un crecido número de educacionistas, con los pliegues de la bilis ó del tedio en el rostro; trabajadores por obligación; indolentes por hábito; dispuestos á cumplir un deber con el menor esfuerzo posible y disipar cuantos minutos puedan en amonestaciones pueriles, ó pasando lista, ó repartiendo cuadernos; toda esa negligencia, toda esa falta de entusiasmo y de cariño, toda esa mecanización inconsciente y rutinaria, toda esa falta de empeño para dar colorido y robustez á la enseñanza, repercute dolorosamente en los alumnos que desean abandonar cuanto antes un asilo sin momentos amenos, ni novedades, ni emociones, ni corrientes de simpatía. ¿Á qué se debe un espíritu generalmente frío en un recinto donde se le necesita tan ardoroso? ¿Una exteriorización tan reducida de la actividad consciente que no parece humana? En parte, á una preparación elementalísima sin disposiciones para mejorarla; que no lleva á las cosas, al libro, á la verdad, á las investigaciones; en parte, á los resabios de viejas esclavitudes; corazones que laten con su ritmo atáxico y en parte á la *masa de elementos amorfos* que exigen estímulos que acardenalen para cumplir deberes. El buen maestro sabe cuanto compensan *las lecciones inteligentes con el propósito de que el niño aprenda algo, asegurándose de que lo ha aprendido.* «Si es humano tener sonrisas en los labios al percibir los haberes y alegrías en el último minuto del trabajo diario, es también humano meditar sobre la alta misión de dirigir los primeros aleteos de la vida intelectual. Ser enseñantes de verdad, apóstoles de la ciencia; connaturalizarse en todos los actos con la línea recta que es la de la justicia, para que, en un mañana cercano, podamos tener escuelas donde se eduque la niñez con alma».

Hay un estado, dice SOLLIER que contribuye á fijar las impresiones; es la emoción, ó mejor dicho, el tono emocional que las acompaña, cuando no es simulado. El, aumenta la intensidad de la atención y de esa intensidad depende la penetración del conocimiento.

Sin embargo, es demasiado pretender que cada maestro, compensado con cien pesos, ocho horas de trabajo, sea un talento. En toda estratificación del trabajo humano hay dos clases de tipos: el característico y el indiferente y entre ellos el sujeto que por tendencia se vale de la simulación (astuto, fumista), para adaptarse á las condiciones de la lucha por la vida. Al grupo de los indiferentes pertenece la mayoría, capaces á la menor brisa del característico, de llegar á las mayores alturas ó caer revolcados en la ola de un arroyuelo. Son barcos llenos de velas, pero sin timón, por cuyo motivo no puede adivinarse su ruta ó si serán estrellados contra la playa ó sobre un escollo. PÉREZ, los llama lentos; MALAPERT, apáticos; PAULHAN, templados. Al grupo de los *característico* (estimuladores), pertenecen ó deberían pertenecer las autoridades, inspectores de escuela, directores, maestros y capaces para iniciativas distintas de las habituales. Ellos son los que modelan y plasman

el porvenir los actores del drama humano en la evolución social. Pero pretender de cada maestro un *meneur* capaz de moverse á sí mismo, es un anhelo que los hechos no confirmarán nunca puesto que la vida humana es como es. En cada gremio, los característicos son pocos, abundantes los amorfos. Desgraciadamente la educación es de tal naturaleza, que exige, para sus éxitos, de cada maestro un *meneur* lo que en otras tareas, trabajadores de un campo, obreros de una fábrica, marinería de un barco, sería perjudicial.

El maestro amorfo no lee, no estudia, el campo de su preparación se estrecha constantemente, su cerebro se infantiliza hasta ser extraño á los acontecimientos notables del día y con él infantiliza á sus educandos mediante una enseñanza pobre, de limitado radio, de escuetas nociones alrededor de las que se agrupa un reducido número de ideas afines. ¡Se ignora!

Y donde caben cien conocimientos no pueden meterse sino tres.

Los programas. — Suelen, cuando la responsabilidad se puntualiza, cargar el fardo, porque no protestan. El lector entrevé, sin duda, la cantidad enorme de obstáculos que se oponen á una reforma de la enseñanza, dice LE BON, al hablar de Francia, bajo sus ojos los seis volúmenes de la *Enquête*. Y, sin embargo, no abordamos todavía lo más formidable; el estado mental de los profesores. La *enquête* ha cubierto de flores al catedrático y de improperios á los programas. Los programas se han modificado con excelentes indicaciones para aplicarlos. No obstante, nada ha cambiado. ¿Por qué? Porque el estado mental de profesores que no leen, que no estudian, preparados por catedráticos, á su vez deficientes, librescos, sin método, es modificable á costa de esfuerzos y vicisitudes sin nombre. Las conferencias no son cursos. Cada oyente se juzga con el derecho de aprender ó no; asiste á una velada no á una lección. En asambleas numerosas es imposible concretar hechos que, por otra parte, levantarían susceptibilidades, de todo punto contraproducentes y, preciso es decirlo, se concurre de mala voluntad, toman las sesiones un carácter de lid cuya intemperancia deja á cada cual con sus errores.

Las circulares revelan excelentes propósitos; ante ellas el subordinado se inclina, pero no modifica esos métodos que el Colegio, la Escuela Normal, la Universidad grabaran á fuego en ese momento plástico del cerebro dispuesto á todas las adquisiciones.

La piedra angular de la enseñanza es *la preparación y el método*, dos aspectos que la reforma apenas desflora.

La asignatura no está hecha de dos maneras. El profesor que la domina sabe qué debe hacer, pese al mal programa; el profesor que no la domina sigue un texto. El programa cumple su misión al indicar las materias y distribuirlas en cursos. Solo de este punto de vista son modificables. La extensión y la intensidad son del resorte exclusivo del educador y sujetas á condiciones mentales que solo el maestro puede conocer. De tal punto de vista (véanse los *Antecedentes* del ex-Ministro FERNÁNDEZ) todos los programas del 70 á hoy, son iguales. Pormenorizados, pueden diferir suprimiendo tal ó cual capítulo de un ramo que el buen criterio del profesor repone. Sólo en este caso ofrece dificultades al desarrollo de un plan si se encapricha un director ó Consejo. Así, el fracaso de la Aritmética en la Capital, vivamente comentado por el Sr. FITZ SIMON y en informes anteriores por el vice-director de la Escuela de Comercio, Sr. SUÁREZ, se debe tan solo á este renglón que falta en el plan de estudios del Consejo Nacional: *Ense-*

ñanza de los quebrados. El eje sobre que descansa el armazón de la matemática elemental ó superior, es el quebrado. Amputada así una materia, es lógico que se derrumbe. El profesor de primer año de Colegio Nacional no debe infantilizar sus lecciones á trueque de convertir el curso en 4º grado.

Sólo en el caso de supresiones contrarias al espíritu de la ciencia y de la integridad de la instrucción, un programa es culpable. Por lo demás, los argentinos suelen ser copia de los sajones... ó de los latinos. Según como se cotizan las simpatías.

Las doce ó quince asignaturas son nominales. Siempre existieron bajo cualquier rótulo. Que se diga *Ejercicios de Intuición ó Formas, Lugar, Vegetales, Animales*, es la misma cosa y responde al mismo objeto.

Los textos. — Desgraciadamente se trata de una evolución peligrosa, tras de la que se oculta la especulación comercial. El texto es la memoria verbal. No cabe en la escuela primaria otro sistema que el oral, el sistema de las ideas objetivadas y no de las palabras. Todas las asignaturas tienen ¡desde el 2º grado! su librito. Por eso no se ilustra, por eso el pizarrón escaso de por sí (3 ms. cds.) conserva especular su superficie; por eso la tiza no obliga á fuertes erogaciones. El pizarrón es para el alma del escolar lo que el agua para el cuerpo. Aprender Aritmética, Zoología, Idioma en textos, es sencillamente monstruoso. Tolerable es la consulta en 5º y 6º grado, pero de libros no compendios ó resúmenes donde todo es enigmático. La comprensión exige detalle mucho detalle y abundancia de buenas láminas. Así se escriben textos para jóvenes de 20 años. Y se pretende que los de 9 digieran extractos ó síntesis de costoso proceso. Y se los reduce cada vez más. Claro, la memoria no es una cinta sin fin de cinematógrafo donde se fija la imagen de todo lo que pasa por el objetivo. La mente se aleja así, cada vez más, de las cosas, de la naturaleza, con la satisfacción del profesor poco dispuesto á las incomodidades de una buena lección. Desde su escritorio arrellenado en su butaca, oye las recitaciones y clasifica, lo cual, si hasta no exige esfuerzos.

La prensa. — Personas poco enteradas de la complejidad del mecanismo ó sin tiempo que permita rastrear los males, escriben, de vez en cuando, un artículo impresionadas por un informe, una noticia ó la ignorancia de sus hijos. Se ataca, se inculpa, se descargan iras, se sacuden espadaños, pero sin otra virtud que excitar por un momento, la masa enorme de los heridos compuesta de *todo el mundo*.

El diario ha satisfecho á sus lectores, una novedad por día. Vuelve la calma y las aguas, un momento revueltas, continúan tranquilas por su viejo cauce.

La investigación. — Es larga y molesta cuando es prolija. Se la debe hacer con *tests* apropiados á cada curso, á cada enseñanza y á cada época. Luego, para apreciar no nos queda sino la comparación. ¿Con qué? con investigaciones idénticas. La inspección y los consejos carecen de archivos de esta índole para precisar defectos, deficiencias y causas. Hay que formarlos.

Las de carácter aislado, si menos vagas que las del *Oculos habent et non videbunt*, se prestan á conceptos erróneos. El alumno no ofrece el mismo grado de positividad y reacción en Marzo que en Diciembre. Las vacaciones borran de su cerebro una abultada suma de conocimientos. ¿En qué proporción? Lo ignoramos. No es un mal resultado de la enseñanza, es una de sus condiciones. El saber se afianza por este flujo

y reflujo de la memoria. Por otra parte, un curso examinado por una autoridad desacostumbrada, es víctima del trac, da menos de lo que sabe. ¿Hasta qué punto? No tenemos datos.

Hay mil circunstancias modificatrices del momento psíquico. La mente oscila constantemente. Se la puede sorprender en su máximo de intensidad como en su mínimo de vitalidad.

Los alumnos. — La inteligencia de un negro no es igual á la de un blanco. Converjen á nuestro país, país de inmigración y riqueza, gente de todos los horizontes. Con la autóctona, resulta una fusión de caracteres personalísimos. Pero actualmente el aula argentina es un museo étnico. Desde el negro al blanco caben, tocante á disposición, tipos muy diferentes.

La pereza del indio, se mezcla á la tenacidad del sajón, la viveza del italiano, al reposo del inglés. Los hábitos groseros del arrabalero, á los finos de la familia culta. Estados tan contrapuestos, luchan, se penetran, se contagian pero á costa de un gran consumo de energía que escolarmente no beneficia. Nuestras aulas ofrecen un desequilibrio intelectual y moral enorme. ¿Cómo la escuela vence esta nueva categoría de obstáculos? La selección. Pero larga, difícil, escabrosa, llena de contratiempos perjudiciales al perfeccionamiento del conjunto por cuanto un padre no cree en la imbecilidad ó malos hábitos de su hijo y exige *consideraciones*. Que estos asuntos se agiten, es útil; que por ellos se interesen gobierno y pueblo con poco ó mucho acierto, es beneficioso. El Congreso, avocándose cuestión un tanto compleja, se empeña en contener el mal y extirparlo. Pero es necesario precaverse contra los extravíos arrastrados por una lógica que parte de hechos vagos ó inciertos. De este punto de vista es preventivo el discurso del doctor VIVANCO en la Cámara de Diputados:

«Se han hecho afirmaciones categóricas generales: el estado de la instrucción pública en el país está mal, está en un estado desastroso. Quizá estos términos, la mayoría de los señores diputados, la mayoría del país, se acepten como ciertos; pero si empezamos por analizar detalladamente los diversos grados de la educación pública, encontraremos que por lo que se refiere á la instrucción primaria, no es exacto. Y puedo, en este caso, hablar con la más absoluta imparcialidad, porque no voy á hablar de mi obra... mi presidencia es relativamente nueva; no han transcurrido todavía dos años que estoy en ella y por consiguiente esta obra no es del que habla, sino de los antecedentes, desde la ley del 84 hasta el presente.

«Pues bien, yo sostengo que la organización de la instrucción primaria, que los planes y métodos de enseñanza que se usan en las escuelas de la Nación, no tienen absolutamente nada que envidiar á los planes de las primeras naciones del mundo y cito para este caso, á los Estados Unidos, á Alemania y á Francia.

«Pues bien, los planes de enseñanza que tiene en vigencia la República Argentina, deben haber obedecido seguramente, á los mismos conceptos científicos, ya sea psicológicos ó fisiológicos á que hacía referencia el señor Diputado Piñero, porque se han traducido al ser organizadas en una forma práctica, en una repetición con ligeras variantes, de los planes tan elogiados por él de Alemania y de Francia. ¿Cuáles son estas diferencias? Son las únicas que pueden imponer el carácter nacional de la enseñanza. Yo creo, señor Presidente, que cuando se habla de carácter nacional hay que precisar los términos.

«Las nociones de Física y Química y en general de las ciencias físico-naturales, no pueden variar porque varíe la nación donde se enseñan porque estas ciencias no tienen patria. ¿Entonces, dónde está la nacionalización de

la enseñanza? No puede estar sino en lo que se refiere á la Historia y Geografía nacionales y á las instituciones públicas. De tal manera que, comparando los planes de enseñanza vigentes entré nosotros con esos planes, se encuentran grandes similitudes y las diferencias están solo en esos puntos que he señalado. ¿Y por qué? Porque es en lo único en que podemos caracterizar nuestra enseñanza. A esto debe agregarse la enseñanza regional que no establece una diversación propiamente, porque es claro que nosotros tenemos que realizar la enseñanza haciéndola responder á los fines propios de la zona donde va á desempeñar su acción el escolar ó el educado.

«Esta es la situación, en cuanto á la organización, planes y métodos de enseñanza en la República Argentina.

«Es menester que sepa la cámara que el mal no está en que no vaya la totalidad de los niños á la escuela; el mal está en que abandonan la escuela primaria en 3^{er} grado el 90 por ciento; de manera que salen analfabetos. Solo el 10 por ciento llega al 4^o y 5^o grado; de tal modo que actualmente solo 1800 niños cursan el 6^o grado en la capital. Este es el mal más grave. No es la falta de colegios y profesores, sino este que indico y para él ya ha tomado medidas el Consejo Nacional de Educación. Por primera vez se harán efectivas las disposiciones de la ley de educación que hace obligatoria la asistencia á las escuelas y se pedirá el auxilio de la policía para que se tomen á los niños que se encuentren en la calle y no presenten su matrícula de la escuela primaria. . .

«La instrucción primaria, señor Presidente, atraviesa un momento de transición.

«No somos nosotros únicamente los que nos quejamos; no somos nosotros solamente los que nos quejamos del enciclopedismo en los programas de las escuelas; porque es necesario tener presente que la vida actual lo exige. De lo que se trata es de saber qué es lo que queda triunfante en esta especie de gata parida en que están luchando todos los conocimientos humanos, conocimientos que no pueden tener cabida ni en la cabeza del hombre, ni en la del niño, pero que, sin embargo, no pueden ser proscritos totalmente en la enseñanza moderna.

«Esa es la única función directiva de la enseñanza: establecer qué es lo que se enseña y qué es lo que no se enseña.

«Como la hora es muy avanzada, señor Presidente, no quiero tampoco continuar en ciertas divagaciones y si hubiera de hacer una crítica de conjunto respecto de este debate, diría que le ha faltado precisión. No han estado bien marcados los puntos en discusión; nos hemos reducido á exponer ideas generales, sin haberlas concretado, en algún proyecto de ley ó de minuta, sin proponer ninguna medida práctica. Creo que, conocido el mal, es fácil buscar el remedio dentro de lo posible. Por lo que respecta al Consejo Nacional de Educación, habiéndose denunciado por un inspector de enseñanza secundaria que los niños que ingresaban al Colegio Nacional de la Capital procedentes de las escuelas comunes, habían revelado falta de preparación, el señor Ministro de Instrucción Pública dirigió una nota al Consejo, nota que ha sido contestada y se ha publicado en los diarios de la mañana, en donde, desde mi punto de vista, contesto victoriosamente, las observaciones del inspector, sentando opiniones que he de mantener, mientras no se demuestre que esos niños han procedido de las escuelas comunes de la capital y que han estudiado los seis grados que comprende la enseñanza primaria. Nada más. (¡Muy bien!) (¡Muy bien en las bancas!)»

La escuela ideal. — Edificio de primer orden; provisión de elementos;

siete grados; distribución de los alumnos en aulas según sus aptitudes; director elegido con 700 pesos de sueldo; profesores de grado nombrados á propuesta del director con 300 pesos de sueldo y tres horas de clase al día; horario discontinuo; cinco horas de vida escolar; programas, horarios y reglamentos á cargo del cuerpo docente obligado á una enseñanza completa; libertad de acción y responsabilidad absoluta. Intervención del Consejo para efectivizarla.

Hemos querido señalar dónde las deficiencias tienen su raíz. No hemos ahondado, ni criticado, ni precisado juicios. Sin datos ni estadísticas, sería aventurada cualquier afirmación. Creemos, por otra parte, que la marcha hacia estados mejores será, no obstante cuanto empeño se ponga, lenta.

V. MERCANTE.